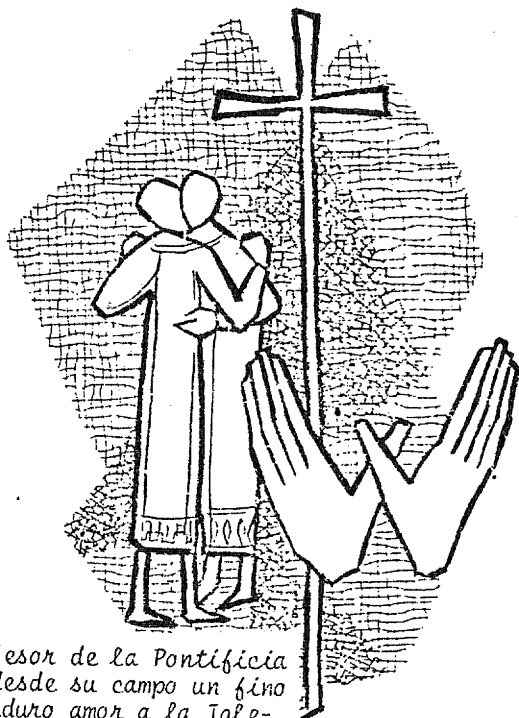


FORMAS NEUROTICAS Y FORMAS MADURAS DE AMOR A LA IGLESIA

José A. García-Monge



El autor, psicólogo y profesor de la Pontificia Universidad de Comillas, hace desde su campo un fino análisis de lo que un sano y maduro amor a la Iglesia debe ser. Condensamos el artículo aparecido en SAL TERRAE, Julio 1980.

Amor y estructura de la persona.

El amor relacionado con la Iglesia se baraja constantemente en afirmaciones, negaciones o preguntas. La liturgia y la Pastoral exploran y trabajan la vinculación del hombre con la Iglesia, teniendo, al menos teóricamente, el amor como meta y realidad primordial. De tanto usar la palabra amor en el lenguaje eclesiástico da la impresión que se ha ido desgastando, abstrayendo, generalizando y, sin que falten notables ejemplos de amor a la Iglesia, para una inmensa mayoría de católicos la palabra se presta a una tal manipulación que hace que resuma de una manera profundamente equívoca.

No resulta forzado para la Psicología establecer la sospecha de que en el núcleo de una clara afirmación de amor a la Iglesia pueden anidar mil motivaciones que reve-

len una profunda inmadurez de la persona y una inautenticidad de ese amor.

El amor emana de la estructura personal que a su vez se ha configurado en su dinámica, ha adquirido su perfil por la experiencia positiva o negativa del amor. Dime cómo amas y te diré quién eres.

La Iglesia como una compleja realidad humana, no puede impedir que crezcan trigo y cizaña en su estructura. Su identidad está hecha de partes sanas, llamadas a un crecimiento, y de partes insanas que acompañan, retrasan o impiden ese crecimiento. Ignorar esto sería incapacitarse para amar la realidad y refugiarse en la utopía del Reino escatológico. Sustraeríamos así a la Iglesia de su peregrinación histórica, a menudo tambaleante, que la hace necesitar nuestro amor maduro.

La persona también tiene partes sanas e insanas esbozadas en las primordiales experiencias de sus primeros años que le permitirán amar con mejor o peor fortuna y crear vínculos que posibiliten su crecimiento o que lo estancuen. Si el amor es relación nos encontramos con un complejo circuito de llamadas y respuestas donde la madurez y la inmadurez aparecen alentadas por las circunstancias concretas en que se produce el amor.

Amar a la Iglesia es una forma de situarse no sólo "ante" la Iglesia sino "en relación" con ella. Esta relación nos cambia. El problema radica en saber si ese cambio, la dinámica de ese amor, nos conduce a formas más libres, comprometidas y sanas de vivir la Iglesia y autopercebirnos en relación con ella, o deteriora radicales humanos importantes, con lo cual la misma Iglesia se desdice de su auténtica Misión.

¿A qué Iglesia amamos?

La expresión "amor a la Iglesia" recubre, a menudo, una multiplicidad de rostros de la Iglesia y necesita una matización cuidadosa para saber qué estamos amando cuando expresamos esta vinculación.

Dogmáticamente la explicación es clara: se trata de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Psicológicamente

te la realidad es mucho más confusa al depender de nuestra experiencia y percepción de lo que es la Iglesia.

Según se acentúen uno u otro de los rasgos de la Iglesia el amor tendrá matices importantes que diferencien el estilo del amor. Esa diferenciación de rasgos no depende solamente de una catequesis determinada, sino de la credibilidad y verificación de esa catequesis en la experiencia concreta del creyente. Por sus frutos la conoceréis más que -- por documentos oficiales que a menudo racionalizan la realidad. La Iglesia no es lo que debe ser, sino sencillamente lo que es.

Si la Iglesia se presenta en la historia concreta y -- cercana como Comunidad de creyentes, el amor podrá revestir los acentos propios de relación con una comunidad, donde la palabra común engloba intereses personales, los amplía por la comunicación a otras personas y los sitúa en una realidad vital en la que el hombre se siente acogido, reconocido, querido, animado. El amor a la Iglesia tendrá nombres y apellidos y un rostro humano, no masificado, a través del que se intuye y expresa una común vocación. El amor ahí no es un deber sobreañadido sino una realidad fuera de la cual no se explica la Iglesia. El amor nos constituye en Iglesia. Sabemos muy bien que para una inmensa mayoría de católicos ésta no es la Iglesia experiencial y cercana. Las comunidades que han madurado en el amor hasta poder ser esta Iglesia, a menudo marginadas y sospechosas en el aprecio oficial, tienen que echar mano de ese mismo amor para poder reconocer, más allá de las fronteras del grupo eclesial, sistemas y personas que confundiendo el poder con el amor están también llamados a una común vocación. Estas comunidades habrán de elaborar pacientemente su amor para no encerrarse en el ghetto ni dejar que la agresividad derive en una violenta incapacidad de diálogo.

Si en la experiencia personal el cartel de Iglesia se lo hemos colgado, tal vez justificadamente, al clero, el amor a la Institución correrá la suerte del clericalismo o anticlericalismo, realidades ambas que no tienen nada que ver con el verdadero amor a la Iglesia. Desgraciadamente se ha manipulado el "amor" a la Iglesia para asegurar una dependencia a un clericalismo prepotente que robaba la ener -

gía de ese amor al servicio del mantenimiento de una casta.

Iglesia como poder social o indoctrinación ideológica nos habla de otras características del amor, si es que lo podemos llamar así, que deriva más a pactos interesados, - formalizados jurídicamente por una sacramentalidad ritual. El que algo aparezca como grupo socialmente delimitado no indica necesariamente que la fuerza de cohesión radique en el amor. La unión de los miembros puede ser ajena al amor, aunque en el lenguaje convencional haya que pronunciar esta palabra como contraseña.

Si la Iglesia, como de hecho sucede, desempeña una serie de roles en la sociedad (Doctrinal, Asistencial, Pastoral, etc...) dependerá de la complementariedad de esos roles (discípulo, beneficiado, rebaño, etc...) el estilo de amor que pueda colorear la relación. Si los roles han sido elegidos en función de las necesidades sanas del hombre y debidamente encauzados se creará una corriente favorable al amor. La Iglesia aparecerá como servidora, con distintos matices, y el hombre al menos de corazón sano, reconocerá su identidad y podrá brotar el amor.

Amor de la Iglesia.

Se dice que el niño, el adulto más tarde, repite conductas aprendidas. Su capacidad de amar vendrá dada en gran parte por su experiencia de haber sido amado, "no sólo de palabras sino con hechos y en verdad". Cuando hablemos de amor a la Iglesia tenemos que preguntarnos primero si en realidad nos hemos sentido amados por esa realidad que llamamos Iglesia. Es cierto que para entender el amor de la -- Iglesia, si no es una fácil demagogia de madre consentidora, necesitamos la Fe.

A la luz de la Fe podemos valorar y discernir el amor que la Iglesia nos haya podido tener. Esto no debe permitir el recurso fácil del que bien te quiere te hará llorar. Todos tenemos experiencias de haber llorado precisamente por no haber sido queridos ni bien ni nada. Al decir que necesitamos la "Fe que se realiza por el amor" para entender a la Iglesia, estoy afirmando que también la Iglesia necesita Fe para entender muchas veces el amor de sus hijos. Tam-

bién la Iglesia, a no ser que paranoicamente se haya creído Dios, necesita Fe para creer en la verdad y autenticidad del amor de sus hijos, cuando éstos no pactan con el deterioro de la madre y, desde el cariño, pretenden devolverle su auténtica belleza oculta tras vestidos, maquillajes y joyas que la hacen quedar bien en este mundo y fracasar evangélicamente. Francisco de Asís o Ignacio de Loyola sufrieron muchos malentendidos en su indudable amor a la Iglesia, más dispuesta al halago de los príncipes que al soplo del Espíritu. Cuando la Iglesia, más dictatorialmente se hace sorda a la crítica amorosa de sus hijos más pequeños, no solamente pierde la capacidad de amar, sino que pierde el Amor que constituye la médula de su identidad. Afortunadamente el Señor que prometió su apoyo indefectible a la Verdad del Amor, la única definitiva, se encarga de que esta pérdida no sea irreparable.

El amor de la Iglesia y el amor a la Iglesia pasa por la fidelidad, a veces difícil y crucificada, a la persona de Jesús, persona que "amó a los suyos que vivían en el mundo y los amó en extremo", que entregó su vida en un continuado gesto de servicio despojándose de su rango y haciéndose esclavo. Jesús hace creíble la Iglesia haciéndola heredera, y no en exclusiva, de su amor sin fronteras. En el relato joánico de la resurrección de Lázaro los judíos dudaron del poder de Jesús. (¿No podía éste que abrió los ojos del ciego...?), pero no dudaron de su amor. ("Mirad como le amaba"). El memorial de este amor de Jesús recrea la Iglesia y la hace fecunda.

El amor de la Iglesia es fuente del amor a la Iglesia. Si a alguien se le puede pedir ir por delante en generosa gratuidad es a la misma Iglesia encargada de amar de tal manera que pueda ser signo del amor de Dios.

Amor y alteridad.

El amor adolescente está impregnado de egocentrismo. El "te quiero" inmaduro no va más allá de afirmar querer al otro como fuente de satisfacción de mis propias necesidades. En realidad el otro no adquiere volumen y densidad independientemente de mi propio yo; es una ampliación de mi "yo" que cumple una misión altamente gratificante. No

existe todavía esa distancia que posibilita el amor maduro. El "yo te quiero" adulto establece una distinción entre el yo y el tú a través de la cual fluye el amor. La lenta maduración del amor va posibilitando el heterocentrismo.

En la Iglesia, aun olvidando la antigua pretensión de "sociedad perfecta", renace sin cesar la fantasía de inmenso útero en el que sus hijos puedan crecer, desarrollarse y vivir. Este espacio eclesialmente intrauterino no posibilita un auténtico amor. No se sabría nunca si se ama al otro o a una parte de sí mismo, como ama uno su propia mano o su pie. Amar a la Iglesia desde ahí es "amar" algo tan importante como la propia seguridad o el alimento. Por esta fantasía uterina, fomentada por la Iglesia o por el individuo, el hombre pagará su precio: su libertad, necesaria para amar; y la Iglesia quedará preñada de sí misma sin romper los cordones umbilicales que posibilitarían el amor. En cualquier caso el "amor" se iría neurotizando e impidiendo un crecimiento personal necesario para un crecimiento comunitario.

La tentación de cristiandad, que renace sin cesar en la Iglesia, es una muestra más de ese sueño totalizador que creyendo fortalecer el amor, lo deteriora. El amor no se impone, surge con reconocimiento y sorpresa, acontece. La Iglesia, casta y pecadora, reconociendo con humildad su misión y sus límites interpela la libertad del cristiano para que sintiéndose iglesia pueda amar a la Iglesia como algo distinto y cercano, entrañable y desigual.

Iglesia-madre.

El título de la Iglesia como madre que trata de expresar su misión ha calado profundamente en el alma del pueblo cristiano. Expresiones más recientes en su divulgación teológica como la de "Pueblo de Dios" no han tenido todavía la resonancia profunda que se merecen, en parte porque la jerarquía conserva celosamente la verticalidad de las relaciones. La palabra madre pertenece a la entraña del hombre y despierta imágenes sensibles que, por una parte ayudan a comprender a la Iglesia y por otra dificultan la integración eclesial de la comunidad adulta.

En nuestra cultura, celosa de la mayoría de edad del hombre y de las relaciones de igualdad, no resulta fácil el papel de madre. La maduración de los hijos exige distintos estilos de relación que van desde ser la madre el universo del niño, pasando por la estructura edípica, hasta la amiga cercana o la persona entrañable que conservando el sabor de los orígenes deja libre paso a la vida adulta e independiente del hijo. Todo este camino puede estar salpicado de conflictos que harán difícil la relación, aunque el "amor" se mantenga como intocable tabú.

Si la Iglesia desea amar como madre necesita la flexibilidad, pedagogía y tacto para enterarse de la relación - que está estableciendo con cada uno de sus hijos y quiénes son estos en cada momento. Evidentemente lo que radicalmente necesita para poder amar como madre es serlo. Da la impresión, a veces, que la Iglesia se siente cómoda y arropada en el título de madre, pero no se preocupa tanto de asistir a una escuela de Padres.

En el amor a la Iglesia como madre cabe la madurez cariñosa o el sinfín de conflictos que pueden neurotizarse al individuo en esta relación básica. Es verdad que al tratarse de una metáfora quedan aminorados muchos problemas que se dan llana y crudamente en la relación materno-filial, basada en la naturaleza.

En el amor a la "madre" se deslizan connotaciones, protectora, dueña y señora, etc... fácilmente manipulables por las necesidades personales no siempre sanamente encauzadas. La palabra madre resuena, aplicada a la Iglesia, con toda la fuerza de lo sagrado que remite al hombre a su pequeñez y dependencia y priva a la madre de la juventud que le aportaría la madurez de sus hijos.

El misterio de la Iglesia no se agota al tratar de entenderla como madre y la palabra madre no deja de ser un misterio. El amor filial que puede despertar ha de tener otros correctivos para asegurarse que no simplifica peligrosamente otra realidad más rica y compleja.

El amor a la madre Iglesia puede ser fácilmente manipulado y engendrar culpabilidades en los hijos que acabarán sin saber muy bien por qué algunos hermanos acaparan la representatividad de la madre sin ser ni más ni menos que hermanos, aunque sean los mayores.

Amor. Iglesia. Absoluto.

La Iglesia como mediadora del misterio salvífico de -Xto. despierta opciones radicales en las que, a menudo, no aparece claramente deslindado el Señor de la Iglesia del Señor. Es verdad que la Iglesia despierta el amor de gratitud por habernos transmitido la memoria de Jesús y el amor de compromiso creativo que trata de construir iglesia para que llegue a otros hombres el sacramento de Xto.

Mientras la Iglesia no exija como mediadora más amor que el que tiene derecho a pedir para el Señor de la historia, o el hombre no confunda la visibilidad de la Iglesia con el rostro de Dios, el amor podrá ser sano y constructivo. De lo contrario el amor, cuanto más apasionado, originará confusiones que no darán a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Una de las grandes tentaciones del hombre que ama es absolutizar a la persona amada. De estos absolutismos, frecuentemente patológicos, la historia está llena de dolor. La dinámica del amor que lleva hacia el Absoluto se estanca, en ocasiones peligrosamente, haciéndonos creer que ese inmenso pantano ya es el mar.

Dejarnos llevar de nuestra necesidad de Absoluto y pretender encerrarlo en la Iglesia, desvía nuestro amor y nuestra Fe hacia la idolatría. La relativización de nuestro amor a la Iglesia no equivale a la tibieza desinteresada sino a otorgar los justos cauces a una corriente que viene de Dios y va a Dios. Sólo podremos amar sanamente a la Iglesia viéndola en esta óptica.

Los hombres necesitamos, no sólo como "generación perversa", signos y señales, pero en ocasiones nos aferramos a esos signos sin caminar hacia la realidad significada. La Iglesia ha sido bandera para muchas guerras de "religión" (¿Puede haber algo más absurdo?). Muchos hombres han absolutizado de tal manera su "amor" por la Iglesia, -más manipulable que el Señor- que no han caído en la cuenta de la autoafirmación orgullosa que implicaba esa pretendida posesión del Absoluto.

Iglesia-Ley.

Una de las percepciones frecuentes que el católico tiene de la Iglesia es ser la fuente de normas, preceptos, mandamientos. La inflación de la necesaria estructura jurídica de la Iglesia, que debería ser mínima, ha otorgado a ésta un papel superyoico en la conciencia de la catolicidad. Plantear en estos términos el amor implica grandes dificultades. El problema se complica cuando esta instancia superyoica se proyecta sobre Dios cuyo fiel reflejo pretende ser la Iglesia creando un inmenso entramado de normas. La Iglesia aparece como obediente y sumisa y es el Señor quien carga con la responsabilidad.

La Iglesia sólo puede ser conciencia crítica si ama de verdad. La progresiva comprensión de este amor no debería ser una tarea de gigantes sino una posibilidad humana, sobre todo sabiendo que el Espíritu corre en ayuda de nuestra debilidad. La Iglesia no es la Ley sino el lugar privilegiado donde la Ley es inteligible como discreta pedagogía del amor.

Cuando la Iglesia se separa de las iglesias y comienza a dejar de ser una Comunidad de comunidades, cuando la epiqueya ya no es una virtud sino un abuso a cortar, el verdadero amor se hace psicológicamente imposible.

Amar a la Iglesia es amar la unidad -sólo consumada en el amor- que, a través de una diversidad de formas, ensambla los diferentes miembros en un solo cuerpo.

Amar a la Iglesia porque ésta traduce mis posibles exigencias de super-yo es no amar de verdad ni a mí mismo ni a los demás, no confiar en el hombre. La libertad de los hijos de Dios, aun en un mundo estructurado por el pecado, es una posibilidad ofrecida por Dios al hombre solamente comprensible desde la experiencia del amor.

Amor y culpabilidad.

La vinculación con la Iglesia, hecha de respuestas libres a la vocación de Jesús, se ve a menudo oscurecida por el peso de culpabilidades insanas.

El amor ya no es entonces el motor de la conversión e integración en la Comunidad sino que ocupa su lugar el fantasma de una culpabilidad nunca del todo exorcizada.

Que el hombre peca y es culpable es un dato que nos ofrece nuestra experiencia religiosa. Que esa culpabilidad se elabora muchas veces insanamente está ampliamente constatado en clínica.

Cuando la cohesión eclesial nace de una confluencia de culpabilidades que se calman a través de ritos expiatorios, el amor a la Iglesia se ha transformado en una comunidad de intereses egocéntricos más preocupados de obtener la propia limpieza que de festejar el Reino de Dios.

Si la Iglesia nos permite liberarnos sanamente de la culpabilidad es porque nos ofrece la posibilidad de creer en un amor salvífico; no porque nos dé los medios de construir nuestra propia justicia sino porque nos conduce a - quien gratuita y generosamente nos la da. Esta experiencia de gratuidad en la purificación despierta un amor asombrado que se fija más en la persona que nos perdona que en el perdón otorgado. Esta relación personal ejemplar es la que permite recrear la Iglesia por el amor.

El amor a la Iglesia y nuestra vinculación no debe nacer de nuestra culpabilidad, aunque tengamos sobrados motivos para ella, sino de la experiencia gozosa de que el pecado nos ha permitido conocer al Salvador. La mediación de la Iglesia, aquí también, debe adecuarse a su Mensaje procurando convocar no por la manipulación de culpabilidades, sino por la fuerza del amor.

Amor-identidad.

El amor a nuestra propia identidad y a las relaciones que nos la posibilitan está muy presente en la cohesión eclesial. La Iglesia como fuente, al menos oficial, de identidad cristiana atrae a todos los que desean esa mediación. Pero la Iglesia es mucho más que la oficina expedidora del carnet de identidad cristiana. No amamos a la Iglesia porque nos da la identidad cristiana sino porque amándonos y amándola nos identificamos como cristianos.

En iglesia, en contacto con los miembros de la comunidad, se asume que la locura de ser cristiano es la profunda sensatez. Las dudas que el mundo plantea sin cesar a la identidad cristiana se toleran mejor desde la cercanía de los - que también "dan gracias".

Ese amor a la Iglesia como fuente de identidad no debe pretender definiciones claras y distintas sino la energía para comprometerse en una praxis que exprese el "por sus frutos los conoceréis". Esta praxis dictada por el amor recrea a la Iglesia sin cesar, la hace creíble y cercana. El "nosotros", palabra privilegiada del amor, se pronuncia con un acento no defensivo y excluyente sino identificador y abierto.

Amores estéticos.

Una deformación del amor a la Iglesia sobreviene cuando se trata de amores estéticos o platónicos. A menudo no se ama a la Iglesia sino a lo que la cultura cristiana ha dejado como huellas de su paso por la historia. Estos amores estéticos convierten a la Iglesia en un museo que encierra obras de arte. No se puede hablar en serio de un amor a la Comunidad de los creyentes sino a signos que para la comunidad fueron vida en otro tiempo y que por su valor intrínseco han pasado a ser patrimonio histórico. Pretender sustituir la vida por la arqueología, por mucho que ésta - valga para entender la vida, es no caer en la cuenta que el hombre vivo es el valor central en la Iglesia de Jesús.

Se puede amar el canto gregoriano sin amar la Iglesia. Se puede añorar el latín sin pretender una verdadera comunicación entre los miembros de la Iglesia. Se puede estar enamorado de la liturgia sin amar a Dios. Todos estos amores estéticos pueden encubrir una falta de aceptación de la realidad y una incapacidad para reconocer el estilo de la Iglesia de Jesús. Igualmente el amor platónico es una inmadurez del amor. Amar platónicamente a la Iglesia es la incapacidad de amarla de verdad.

Iglesia-humanidad.

El amor a la Iglesia no es una abstracción del amor al hombre concreto. El amor a la Iglesia pasa por vinculaciones personales y grupales en las que el hombre y el grupo son asumidos en su realidad y en su vocación, que forma también parte de la realidad. Amar a la Iglesia es amar esperanzadamente un proyecto de humanidad cuya piedra angular es Jesús.

La dinámica del amor a la Iglesia pasa por la armonía de los carismas en orden al bien común, por la complementariedad de los ministerios, por el equilibrio de funciones que cada miembro puede aportar a la comunidad en cada etapa de su vida. El amor a la Iglesia no puede ser estereotipado y uniforme porque la Iglesia no es una parcela acotada en el mundo, sino el mundo mismo iluminado por el Evangelio y que lucha constantemente por convertirse a su Señor.

El amor a la Iglesia, elaborado desde la propia comunidad, será un amor maduro cuando selectivamente trate de condensarse en aquellos miembros que por una causa o por otra sufren enfermedad o dolor o persecución. Se trata de un amor de solidaridad selectiva. No estoy pensando en que la Iglesia haya de tener unos pobres para remediar necesidades y tranquilizar conciencias. La Iglesia es de los pobres y amar a la Iglesia es pasar por esa realidad de un amor que por "finalizar" en pobres termina haciéndonos pobres o perseguidos, es decir termina, al enriquecernos con la pobreza y sus consecuencias sociales, haciéndonos testigos de la Iglesia de Jesús.

Amar a la Iglesia es una manera de historizar nuestro amor a Jesús, equivale a poder amar "desde la Iglesia" a la humanidad liberándola y convocándola para el Reino.

*
**
